

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO IV

MADRID, 22 DE AGOSTO DE 1909

NÚMERO 86



## EL RETRATO DEL RADJAH

(CONCLUSIÓN)

Señor—le dijo,—heme adornada con las joyas que vuestro envidioso me ha ofrecido en nombre vuestro, pero es otro el presente que sobre todos, deseo recibir de vuestra mano. Estoy segura de que no me decidire á fijar el día de nuestra boda hasta que tenga la dicha de poseerle.

Ayuntamiento de Madrid

—Hablad, hermosa Ihamalika—exclamó Pennah;—juro conformarme con vuestra voluntad.

—Pues bien, señor; ordenad á los mejores artistas del reino que hagan vuestro retrato, á fin de que yo elija aquel que con más fidelidad reproduzca vuestras facciones.

Al día siguiente se publicó un edicto advirtiendo á los más notables pintores que debían acudir al concurso deseado por la futura reina. Ninguno se presentó, porque todos amaban al radjah y temían apenarle. Un viejo artista fué llevado á la fuerza é hizo un retrato tan adulator, que al verle la princesa estalló de risa.

—Esta no es vuestra imagen, señor, y la lealtad os obliga á mantener vuestra palabra; haced llamar otro pintor, yo esperaré á que acabe su obra antes de elegir el día de nuestra boda.

Pennah, contrariado, consultó á sus cortesanos; esta vez no osaron afirmar que el retrato tenía un perfecto parecido. Entonces, queriendo juzgar por sí mismo, hizo pulimentar una gran plancha de plata y se colocó frente á ella. Una sola mirada le enseñó lo que le habían ocultado. Dió un gran grito y se cubrió la cara con las manos.

—¡ Ah!—exclamó.—Mi prima quiere demostrarme que soy demasiado feo para rehusar el casarse conmigo.

—No lo creáis, señor—respondió cerca de él la joven voz de Mildah;—la princesa será gustosa vuestra esposa con tal que la deis todos vuestros cofres de piedras preciosas.

Con indignado acento la joven repitió las palabras de Ihamalika que oyó el día de su llegada á palacio. A medida que la joven hablaba, el príncipe participaba de su indignación, pero estaba abatido de tristeza.

—¿ Por qué no me has dicho, Mildah—preguntó al fin,—lo desagradable que soy á la vista?

—Mi buen señor—respondió ella con respetuosa ternura,—es porque no sé veros más que á través de vuestras virtudes, y á todos vuestros fieles súbditos les ocurre lo mismo. Si la princesa fuese digna de vos, pensaría en vuestro gran corazón en vez de codiciar vuestros tesoros. Sin embargo, antes de ocho días tendrá lo que ha pedido, y podréis hacerla reina, si eso os hace feliz.

Mildah, que disimulaba á la fuerza, se puso en seguida á trabajar; antes del plazo que había señalado, entregó al Radjah un retrato tan parecido, que Ihamalika al verle quedó confundida; pero lo que más la contrariaba era que la hábil artista, reproduciendo fielmente todos los rasgos agradables de un modelo, le había representado en una postura que disimulaba sus defectos. Pennah estaba arrodillado y cerraba el ojo derecho para mejor apuntar con su arco que sostenía ocultando su brazo más corto.

Mientras Mildah disimulaba, el joven soberano había tenido tiempo de reflexionar.

A su vez, veía la belleza de Ihamalika á través del mal corazón y la falsedad de que tenía pruebas, y mirando mejor á Mildah, cuyo

afecto le enternecía, la encontraba más hermosa que su prometida.

—Princesa—dijo á esta última, que estaba muda delante del retrato,—soy dichoso al satisfacer vuestro deseo; mas para asegurarme del parecido de este retrato me he mirado en un espejo, cosa que no había hecho nunca. Así es como he llegado á ver mi desgraciada figura y he comprendido que aunque me cubriera toda la pedería contenida en mis arcas, vos veríais siempre lo que os disgusta de mí. He elegido otra prometida que acepta mi fealdad, porque me aprecia mejor por mi corazón. Sin embargo, no quiero privaros de las fiestas de mi boda, y asistiréis á ellas para rendir homenaje á la reina; en seguida volveréis á vuestra provincia. No hay duda que un príncipe más hermoso que yo será vuestro esposo.

Ihamalika palideció é inclinó la cabeza; por las últimas palabras, pronunciadas en tono imperativo, comprendió que Pannah había adivinado sus malos sentimientos. Forzosamente tuvo que asistir á la brillante ceremonia, que elevó á la humilde Mildah al sitio que estaba destinado para ella, y después regresó á su alejada residencia, en donde estuvo enferma de vergüenza y de envidia durante diez años antes de encontrar un marido.





## ALFONSITO EL SABIO

(CONTINUACIÓN)

PERICO. ¡Ya lo creo!

RAFAEL. Mira qué alegre se ha puesto.

PERICO. Porque vosotros no os bur-láis de mí...

JACOBO. Pues no faltaba más.

PERICO. Yo ya sé que soy torpe; pero...

RAFAEL. ¡Qué has de ser torpe! Tú no sabes lo que no te han enseñado...

PERICO. Eso digo yo.

JACOBO. Y dices muy bien.

RAFAEL. No todos han de ser doc-tores. Tú trabajas en el campo.

PERICO. Ya lo creo, y desde bien chico.

RAFAEL. Pues ya ves, si todos nos dedicásemos á estudiar y nadie á cultivar los cam-pos... tendríamos que comer libros en vez de pan.

PERICO. (A Jacobo.) ¡Ja, ja! Qué chistoso es tu hermano y qué bien sabe de todo, sin agraviar á nadie.

JACOBO. Esa es la fija. Perico, en el mundo no hay que agraviar á nadie.

RAFAEL. ¿Conque vamos á ver quién salta más? (Se acerca á la puerta del jardín y ve venir á Purita.) Aquí viene la primita con una chica del pueblo...

PERICO. (Mirando.) Es Maruja, la pobrecilla.

JACOBO. ¿Pobrecilla?

PERICO. Y bien pobrecilla; se ha quedado sin padres, y su abuelita y ella se tienen que ganar la vida traba-jando, y lo pasan muy me-dianamente.

RAFAEL. Y es simpática.

PERICO. ¡Más güena!

JACOBO. (Al oído de Perico.) Se dice buena con b.

PERICO. ¡Más buena, con be!

### ESCENA VI

DICHOS, PURA y MARUJA

PURA. ¡Hola, primitos! ¿Qué ha-céis de bueno?

JACOBO. ¡Vaya unos colores! ¡Si pareces otra!

RAFAEL. ¡Parece mentira, en tan pocos días!

PURA. Me ha sentado el campo admirablemente.

JACOBO. Te vas á poner buenísima.

PURA. Falta me hacía, ¿verdad? Aquí tenéis á mi amiguita Maruja.

JACOBO. (A Rafael.) ¡Su amiga! ¡Qué diferencia de her-manos!

MARUJA. Servidora de ustedes.

PURA. ¡Y dale con el tratamiento! ¡No se puede acostumbrar á llamarme de tú!

RAFAEL. ¿Venis de pasear?

PURA. No; venimos de casa de ésta.

MARUJA. La señorita se ha empe-ñado...

PURA. Y no me arrepiento. Me ha enseñado unas labores preciosas. No sabéis qué manos tiene esta chica. ¿Has traído las puntillas?

MARUJA. Aquí las traigo. (*Mostrando una cestita que trae al brazo.*)

PURA. Quiero que las vea mamá. La van á gustar muchísimo.

MARUJA. ¡Vaya! No es para tanto.

### ESCENA VII

DICHOS, LA SEÑORA DE LATORRE

SEÑORA. Purita, hija mía. ¿Qué tal te encuentras?

PURA. Muy bien, mamita. ¿Has dejado de jugar por venir á verme?

SEÑORA. Hacé un ratito que han llegado el médico y el señor cura y ya no hacía falta en el tresillo. Ya sabes que sólo juego cuando no hay bastantes.

PURA. ¡Ay, mamá, qué cosas te voy á enseñar hechas por ésta!

SEÑORA. ¿Sí, eh? ¿Y quién te ha enseñado á hacer esos primores?

MARUJA. Una maestra muy buena que teníamos antes.

SEÑORA. ¿Y ya no está?

MARUJA. No, señora; se fué á Madrid.

SEÑORA. ¡Qué lástima! Porque la hubiéramos llamado para que enseñara á Purita.

MARUJA. ¡Lo que yo sepa, yo se lo enseñaré!

PURA. ¡Ay, que gusto!

SEÑORA. Y vosotros, ¿á qué estabais jugando?

RAFAEL. Todavía á nada; estábamos pensando en ello cuando llegó Purita.

PURA. Y mi hermano, ¿no estaba con vosotros?

JACOBO. No.

RAFAEL. Tenía que estudiar un problema muy difícil, según nos ha dicho.

SEÑORA. ¡Qué chico! Siempre estudiando, sin cuidarse de tomar el aire.

JACOBO. No, tía; aire no le faltará,

porque ha ido á estudiar al campo.

PURA. ¿Al campo?

SEÑORA. ¿Qué dices?

JACOBO. La verdad. Ha cogido su bicicleta y nos ha dicho que iba á internarse por los pinares.

SEÑORA. ¡Por los pinares, á estas horas! ¡Con lo fácil que debe de ser perderse en aquellas espesuras...!

PERICO. ¡Ya lo creo!

SEÑORA. ¿Tú lo crees también?

PERICO. Sí, señora, porque como aquello está tan espeso de árboles, y todos són casi iguales, no sabe uno por donde tirar para salir.

SEÑORA. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué temeridad de criatura!

RAFAEL. No se asuste usted, tía. Alfonso es muy listo y sabrá volver.

PURA. Ya debía haber vuelto, porque va á ser la hora de cenar y á papá le disgusta que no esté á tiempo á la hora de las comidas.

SEÑORA. ¿Se habrá extraviado? ¡Ay qué desgracia!

PURA. No te apures, mamá. No lo querrá Dios.

RAFAEL. Se habrá engolfado en el estudio y se le habrá hecho un poco tarde.

JACOBO. Y si, como dice éste (*por Perico*), es difícil orientarse, se habrá entretenido buscando el camino, pero no tardará...

SEÑORA. (*A Perico.*) Y á ti ¿qué te parece, Perico?

PERICO. Que si ha ido por la parte de *las Cabrilleras*, tardará *unas mijas*, pero volverá luego; pero si ha tirado por *la Calvilla*...

PURA. ¿Qué?

SEÑORA. ¡Acaba, por Dios!

PERICO. Que entonces, no sé si sabrá manejarse.

SEÑORA. ¡Ay, pobre hijo mío!

MARUJA. No haga caso á Perico, señorita. El cree que los señoritos no saben andar por el campo...



RELATOS DE CAZA

## VALOR DE MADRE

**E**n un bosque de la India vivía una pobre mujer con su hijo, rapaz de vivacísimos ojos, que parecía una diminuta estatua de bronce. Su choza, toscamente construída con madera de *tek* y recios brazos de plátanos, las exquisitas frutas de la selva, la caza que le proporcionaba un hermano suyo, diestro en perseguir toda clase de animales, el susurrar de las frondas y de los culebreantes arroyos que se abrían camino entre pintadas y odoríferas flores le daban una felicidad tranquila y serena, acaso negada al opulento rajah habitador de mármoreos y ricos palacios. Pero toda esta bienandanza desapareció con el establecimiento en la antes tranquila comarca de un espantable *devorador de hombres*, como llaman los indios al tigre. En sus insalvables entrañas hallaron sepultura innumerables personas, por lo cual dejaron de transitarse los caminos y nadie osó aventurarse fuera de las ciudades. La pobre madre, reducida á sus propias fuerzas, empezó por prohibir á su hijo que abandonara la choza, y ella misma no salía de los alrededores sino cuando la luz del día hacía más difícil una sorpresa. Una mañana dió un grito de espanto porque vió en torno de la choza las claras y precisas huellas de la fiera, y á la noche siguiente, en vez de dormirse, se puso á velar el sueño de su hijo y á mirar por un desigual ventanuco la enmarañada selva, sobre la cual tendía la luna su plateado manto. Por todas armas

tenía un viejo y herrumbroso lanzón y una tea que ardía oculta bajo una tosca vasija de barro bermejo.

Un buen rato llevaría al acecho, cuando el silencio solemne y augusto de la selva interrumpióse por el gracioso retozar de una manada de esbeltos antílopes que á la luz pálida de la luna iban á apagar su sed á un cercano arroyo. Después todo volvió á quedar silencioso. La selva entera parecía dormir. Ni los árboles se movían, ni las altas hierbas se agitaban, ni las fuentes dejaban oír sus murmurios; pero repentinamente volvieron los antílopes con apresuramiento y á poco apareció el tigre andando perezosamente con el



vientre contra el suelo y fustigándose las flancos con la cola. Sin perder momento se encaminó directamente á la choza, y, agazapándose más, saltó con furioso ímpetu contra el abierto ventanuco. La valerosa india asestóle un golpe con el lanzón, y el tigre, al sentir el hierro en su carne, enfurecióse, asordó la selva con sus espantosos rugidos, y, clavando en las tablas sus poderosas garras, comenzó á descajarlas. Al estruendo despertó el niño y empezó á llorar, y la pobre madre, desesperada, loca, frenética, acudió á la llameante tea y con ella golpeó la cabeza de la fiera... Huyó ésta rugiendo lastimeramente, y á los pocos días fué hallada bajo un copudo plátano muerta y con los grandes ojos abrasados...

José A. LUENGO



### NAPOLEON EN RUSIA

La campaña de Rusia fué para los Ejércitos napoleónicos, una verdadera tragedia. Sobre la inacabable meseta blanca por la nieve, donde se marcan las huellas de los cadáveres, he aquí á los soldados del orgulloso

conquistador caminando silenciosos y entristecidos. Llevan las famosas águilas enfundadas, sin atreverse á ondear el viento... Van vencidos, si no por el hombre, por la inmensa fuerza de la Naturaleza.

Ayuntamiento de Madrid



# FABULAS ESCOGIDAS

## EL ENVIDIOSO

Magnífico manzano  
en el corral de un clérigo crecía.  
Un vecino de envidia se moría  
viéndole tan fecundo y tan lozano:  
él ni manzano ni corral tenía.

Y ya que de otro modo  
no supo desfogar su encono fiero,  
arrojaba al frutal, desde un granero,  
el desperdicio de su casa todo,  
haciendo del corral estercolero.

Bien ensució el ramaje,  
mas la lluvia á su tiempo le limpiaba,  
la tierra con la broza se abonaba,  
y el resultado fué del ruin ultraje  
que más fruto y mejor el árbol daba.

*Más útil que nociva  
es la gente mordaz que tanto abunda,  
pues hace con su rabia furibunda  
que el íntegro varón más cauto viva,  
y más pronto á sus emulios confunda.*

## LA ROSA AMARILLA

Amarilla volvióse  
la rosa blanca  
por envidia que tuvo  
de la encarnada.

*Teman las niñas  
convertirse de blancas  
en amarillas.*

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Ayuntamiento de Madrid



## LAS BONDADES DE NINI

XI.

**P**ues señor, bien. Yo no conozco nada más aburrido que lo que llaman las monjitas y los papás *ser buena*. A mí me parece más bueno el reirme y divertirme. Hace... hace... ¡qué sé yo cuantísimo tiempo hace que sólo me ocupo de estudiar, coser, leer y escribir, y jugar, sosa, muy sosa, con las niñas en el jardín, siempre delante de las monjitas, que, sobre todo á mí, no me pierden de vista! ¡Anda! y hasta han quitado las jaulas de los pájaros, porque dicen que *me tienen miedo*. ¡Qué atrocidad! ¡miedo á mí! Y todo porque fui buena con los pobrecitos pájaros y los quise dar libertad, porque calculaba que estarían tristes; ¡como yo lo estaría si me encerrasen en una jaula! Bueno; el caso es que, como voy diciendo, hace la mar y pico de tiempo que yo no hago nada digno de contarse. ¡Y todo por hacer lo posible para que no me quiten el día de visita y poder ver á mis papás y á mis abuelines y comer los dulces que me ha prometido Piluca. ¡Ay, qué ganitas tengo de que pase eso, para poder hacer algo más distraído! Sólo una cosa tengo que decir, y es que he bordado un gorro muy precioso para uno de mis abuelitos, y estoy bordando otro para el otro abuelo. ¡Se ríen ustedes porque creen que no sé bordar? ¡Ya lo creo que sé! ¡Pues si es más fácil...! Dicen las monjitas que ya no se estilan gorros; pero los abuelitos dijeron que lo que ya no se estila para ellos es el pelo, y que se constipan, y que querían que su Niní les abrigase los sesos. El asunto es que ya he hecho uno: es de paño café y el bordado es hecho con una trencillita que se llama *soutache*, y sólo hay que hacer ir colocando el *soutache* por donde está el dibujo; ¡total, nada!

Estaba yo rabiandito porque llegase el día de la visita, y al fin

llegó. ¡Qué contentos se pusieron los abuelitos! Es decir, el abuelito que se fué con gorro, que el otro no hacía más que rascarse la cabeza y decirme:

—¡Nini! ¡Date prisa, hija, date prisa!

Los papás también estuvieron muy contentos, porque las monjitas dijeron que yo había sido una atrocidad de buena. Y me ofrecieron muchas cosas; pero yo apenas los hacía caso, impaciente por ver á Piluca.

—¿Si no vendrá la tonta esa?—pensaba yo.

Pero de pronto la vi entrar ¡y traía paquetes!

—¿Qué traes, Piluca, qué traes?—grité.

—Ganas de darte un beso, Nini—contestó.

—¿Y qué más?

—Estas cositas para que meriendes y convides á merendar á las monjitas y á tus compañeras.

—¿Cómo lo hace? Díselo á mamá para que ella me lo haga cuando vaya á casa.

—Esto se llaman *pasteles de dama*. Se mezclan bien dos huevos con cien gramos de manteca fresca, añádese una copa de buen ron, cien gramos de azúcar pulverizada y cien de harina en flor. Se bate bien la masa y se moldea á capricho ó con un cucurucho de papel y se cuecen á horno moderado.

—¿Y esto otro, qué es?

—Esto son *bamboches*.

—¿Y cómo los haces?

—Pues se compran tres cuartos de kilo de azúcar, un kilo de harina en flor, cinco huevos, medio kilo de manteca de vacas, canela molida. Se pone todo en una fuente honda y, con una cuchara primero y con la mano después, se hace una masa. Se van haciendo bolitas como nueces, y teniendo preparada la lata bien untada de manteca, se ponen las bolitas, que se aplastan con la mano para que queden bien delgadas, y se cuecen á horno vivo. No están en punto hasta que, al tocarlas, estén duras. Ya me dirás cuál de las dos cosas te gusta más, Nini, y otro día te traeré otra cosa. Ya ves como no soy faltona, como tú me dijiste, y ya ves como todo sale bien cuando las niñas son buenas.

—¿De manera—la dije—que si no llevo á ser buena no hubiesen venido estas cosas?

—¡Claro que no!

—¡Ay, pues me figuro que otro día no las voy á comer!

—¿Por qué?

—¡Porque es muy fastidioso ser buena!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid



## LA ASTRONOMIA

I

La astronomía comprende todas las nociones relativas á los cuerpos celestes, á su movimiento, á la distribución que tienen en el espacio, á las distancias que los separan unos de otros y á su constitución física.

Respecto á la antigüedad de la astronomía, en cuanto supone investigación de los fenómenos celestes, no hay necesidad de ponderarla, puesto que el espectáculo del cielo debió llamar la atención de

Ayuntamiento de Madrid

los hombres desde el primer momento. Sobre todo, en aquellos países en donde la bondad del clima hace que la contemplación del firmamento sea cosa fácil, por la carencia de nubes, ó, al menos, porque éstas no se interpongan en todo tiempo entre el observador y los astros que brillan en el cielo. Además fué preciso conocer y distinguir las estaciones del año, su duración y la sucesión entre unas y otras, por ser indispensables estos datos para la agricultura; y pudo determinarse cuando comenzaban dichas estaciones, relacionando su aparición con la salida ó la puesta de determinadas estrellas.

Claro es que estas simples observaciones no constituyen la ciencia astronómica, sino el origen de donde ésta emana, y que tal ciencia no ha aparecido sino cuando con la sanción y depuración de todas las observaciones recogidas se ha ido formando el cuadro de los movimientos celestes, y se ha pretendido deducir las leyes á las que esos movimientos obedecen.

Los chinos, con sus observaciones sobre los eclipses, algunas de las cuales datan de dos mil años antes de nuestra era, demuestran que desde la más remota antigüedad era ocupación de los hombres el examen de los fenómenos celestes, si bien resulta de los documentos chinos que han podido llegar hasta nosotros que su astronomía fué casi únicamente una clasificación de hechos observados, sin que entrase para nada la investigación científica, siendo el principal objeto de los chinos al dedicarse á ese examen el de hacer el calendario que debía regir los actos del Emperador y de todos los funcionarios dependientes de su autoridad.

De la astronomía caldea sólo se han conservado monumentos que se refieren al año 720, antes de la era cristiana, y que describen tres eclipses de luna, los cuales citó Ptolomeo en su obra *Almagesta*.

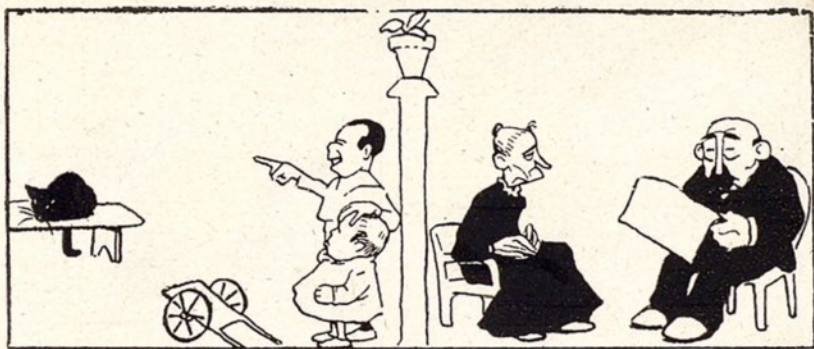
Poquísimo se sabe de la ciencia astronómica de los egipcios, y esta misma carencia de antecedentes de lo que aquellos pudieron haber hecho en esta corriente de conocimientos, es causa de que algunos sabios hayan supuesto que realizaron grandísimos progresos y que los mantenían secretos los sacerdotes egipcios, por lo cual no han llegado hasta nosotros.

Durante mucho tiempo se ha estado atribuyendo una gran antigüedad á los conocimientos astronómicos de los indios, pero al comparar en nuestros días lo que descubrieron y hasta donde alcanzó la civilización griega en este punto de la ciencia, se ha venido á averiguar que los indios tomaron de Grecia todo lo que supieron, hecho que se deduce de que no fué progresando poco á poco el caudal de sus conocimientos astronómicos, sino que se presenta formado ya y completo, sin tanteos ni vacilaciones de ningún género, prueba de que lo tomaron de algún lado.

De modo que las investigaciones y los estudios modernos han venido á demostrar que, en este extremo al menos, no ha sido la India el origen y fuente de luz que los antiguos han pretendido.

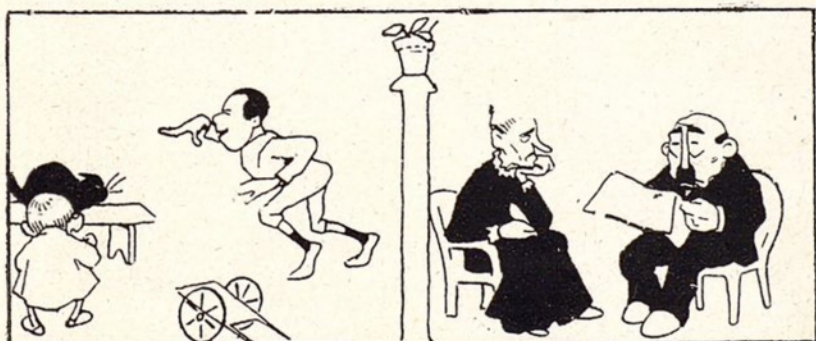
JUAN ANTON

## EL GATO



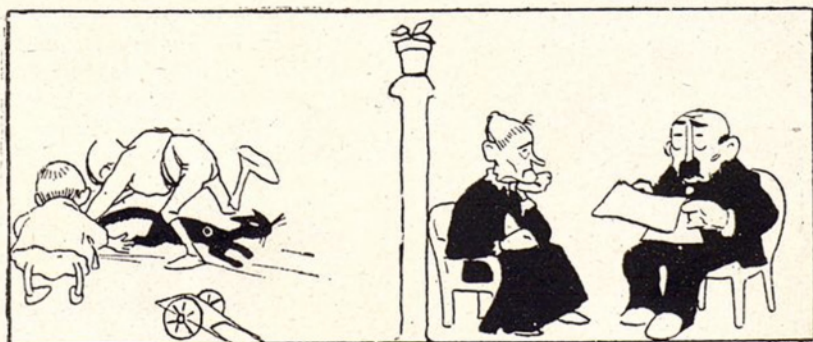
Ven á coger conmigo aquel gatito;  
nos servirá de burro en el carrito.

Voy á leerte, chiquilla,  
los "últimos sucesos," de Melilla.



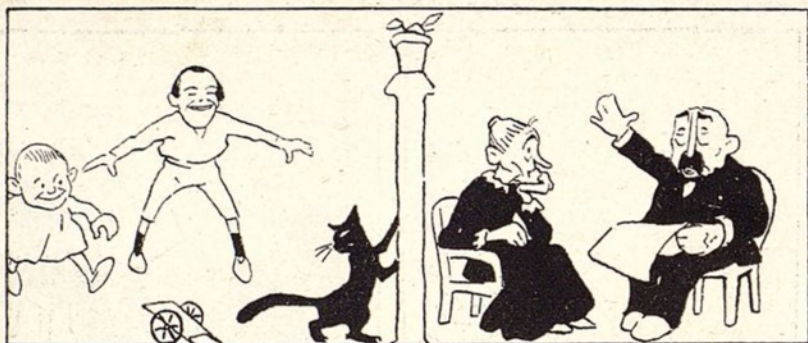
Vendo así, cada uno por un lado,  
le tenemos muy pronto acorralado.

Me extraña que Marina, tan sensato,  
se fie de ese moro alias "el Gato."



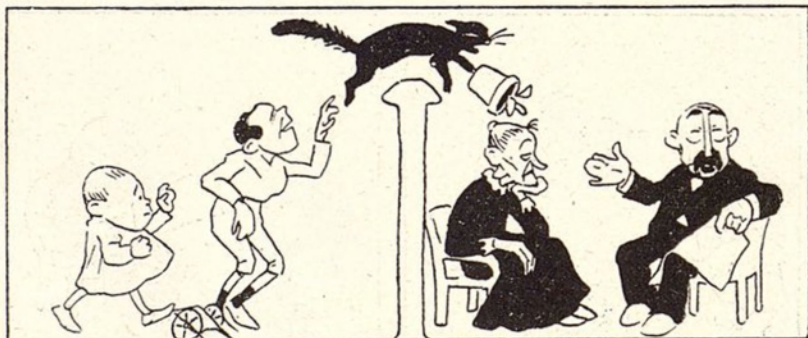
¡Ya es nuestro!, pensaron, y el minic  
haciendo un salto, se abrió pronto camino.

Y que debe ser negro el condenado,  
como un tizón de sucio y de quemado.



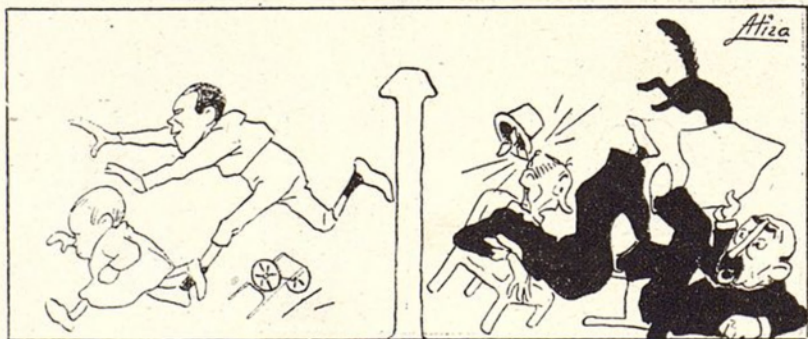
¡Una vez a la carga, y nuestro es; mirale qué gracioso está en dos pies.

¡Cuando menos pensemos, es seguro que el tal "Gato", nos pone en un apuro.



Ahora sí que nos hemos bien lucido; se marcha al otro patio decidido.

¡Cuando más apacible sea nuestra situación, verás cómo hace el "Gato", la traición.



Huyamos á escondernos ahora mismo; debe haber ocurrido un cataclismo.

¡Horror de horrores! ¡Voto al Gurugul Ya tenemos al "gato", haciendo "fu..."

Ayuntamiento de Madrid